

te recompensados de sus esfuerzos. Varios que no eran profesionales lo han hecho así y se han vuelto mejores. Algunos le deben su conversión, otros el afianzamiento y serenidad en su fe, un tiempo débil e inquieta, todos una dilatación prodigiosa de su saber y mayor comprensión de las enseñanzas de la Iglesia y más perfecto conocimiento de Cristo, nuestro Salvador.

FR. R. MULLARD, O. P.

## El culto del Sol y el de la Cruz

*Este trabajo, obra del reputado americanista D. Vicente Gay, Profesor de la Universidad de Valladolid y autor del excelente estudio intitulado "En el imperio del sol", tiene particular interés para nosotros, supuesto que uno mismo fue el culto solar que profesaron los incas y que caracterizó la religión de nuestros aborígenes muiscas y chibchas, cundinamarqueses y boyacenses. La ideología incaica y la de nuestros indígenas son, respecto del mito heliaco, sustancialmente idénticas y empalman con las espléndidas tradiciones solares de Méjico. Si aquella ideología no pudo florecer en nuestro territorio con la asombrosa magnificencia artística que engrandece aún hoy al Cuzco y a Tiahuanaco, ello se debió a multitud de causas, principalmente geográficas, cuya discusión debemos aplazar por el momento.*

(NOTA DE LA REDACCIÓN)

La contemplación de los monumentos viejos y de los nuevos es algo más que un entretenimiento de turista: pueden ser una lección de Historia y de Filosofía, una fuente de conocimientos sociológicos con todas sus grandes consecuencias. Si de medallas borrosas y de inscripciones arqueológicas se llega a reconstruir la Historia, del conjunto monumental del pasado y del presente, se puede

sorprender el espíritu de todo un pueblo y el alma de los siglos.

Estas reflexiones me han acompañado cuando en la tierra peruana he podido contemplar los templos tenebrosos de religiones muertas, y los he comparado con las iglesias modernas y su culto vivo. Únos, recordaban idolatrías y delirios supersticiosos; otros, purificaciones morales y elevación espiritual.

¿Por qué los hombres han adorado las estrellas? ¿Por qué, a fuerza de luchas cruentas, se ha arrancado esta creencia y se ha substituído por otra?

¿En dónde está el progreso?

El culto del sol ha sido universal; forma del culto de la luz, que en todas partes encontró un altar en la psicología primitiva de los hombres. El sentimiento pagano nacía de la emoción que despierta en la conciencia la visión del Mundo, sólo posible con la luz la fecundidad de la tierra debida a su calor. Cuando la poesía de los Vedas parece balbucear temblorosa la duda de si volverá la aurora, si se levantará otra vez el sol, si el poder de la noche será vencido por el Dios de la luz, muestra en su mismo temor infantil el origen emocional del culto de la luz que forma la protogenesia de casi toda la mitología histórica. A semejanza del heliotropismo, que hace girar las flores conforme rueda en el espacio el disco solar, el pensamiento en el hombre primitivo se mueve atraído por la luz y rinde culto a los astros del día y a los astros de la noche. Así surgió el culto de la deidad solar, y Helios, el Dios-Sol, tuvo sus templos; Eos es la deidad aurora; Selene, la diosa lunar; Fosforos, la diosa estrella matutina; Hesperos, la diosa estrella de la tarde. El alma fabulosa de las teogonías orientales enriquece los símbolos del mito solar, y de la simple rueda flamígera que rueda por el cielo, como llaman al sol los poetas védicos, sale el carro

triumfal brillante, arrastrado por la cuadriga blanca y deslumbradora de los poetas helénicos. Helios es «el ardiente», el que quema la piel de los hombres que están más cerca de él, los etíopes, y fecunda maravillosamente su tierra. Así se canta en la *Odisea*. Píndaro y Homero, desde las cumbres sublimes de la poesía, hablan del sol como «ojo del cielo»; los creyentes sacrificaban caballos en las cimas montañosas primeramente heridas por los rayos del sol naciente....

A la universalidad del fenómeno tenía que corresponder la universalidad del sentimiento religioso por él provocado. No hay que extrañar que los europeos, descendientes de los viejos adoradores del sol, encontrasen en el Imperio de los Incas los templos abiertos al culto de la luz.

En las altas mesetas del Perú, a 3.850 metros sobre el nivel del mar, se extiende el lago Titicaca, nueve veces mayor que el lago de Ginebra. Sus dos islas, Titicaca y Coati, fueron dedicadas al sol y a la luna, hoy cubiertas de vestigios monumentales que descuellan como fabulosos pedestales sobre el espejo de las aguas tranquilas cuando el sol tropical las tiñe con reverberaciones de fuego. Con el nombre de Huillcanota (Casa del Sol) bautizaron los indígenas el grupo de montañas primeramente heridas por los rayos de la aurora. En Urubamba, dominando el valle, se yerguen aún las ruinas del Palacio Real, junto al Templo del Sol, construido con bloques de pórfido. Y en Tiahuanaco, en los frisos de la Puerta del Sol, aparece el relieve de la divinidad solar, rodeada la cara semihumana por el cuadrilátero flamígero, símbolo del mito, y las figuras hieráticas de sus adoradores a un lado. En las piedras, en las cerámicas y en las planchas de oro y plata se reproduce la divinidad incaica como símbolo de la religión y del poder.

La divinidad no sólo recibía el tributo de la oración: cuerpos vivos y cuerpos muertos constituían también una ofrenda. Las vírgenes del sol tenían su recinto junto al palacio del Inca, en Cuzco y en Pachacamac; las momias de cuerpos de mujeres estranguladas prueban la existencia de un culto sangriento.

¡El sol de los Incas! La radiante corona del Helios de las monedas de Rodas, la estatua gigantesca, la actitud floreciente de vigor del joven dios-sol, padre de los rodesios, no causa, a pesar de su refinamiento artístico y de su gracia, la impresión que la divinidad solar incaica, sencilla, primitiva, pero plena de bárbaro vigor, con sus ojos profundos, su boca cuadrada y amenazadora y los flamígeros rayos de su cabellera.

En los muros de piedra, en planchas de oro riquísimo, el artista incaico esculpió el sol de su cielo, que allí alumbra, incendiando de gloria el espacio.

El sol tropical llena más la vida que el sol de las zonas norteanas. En los trópicos nos envuelve por completo, exalta o abate, sacude la tierra en delirios de fecundidad, acaricia y abrasa. Un día en Cambridge, el sol matinal se dignó hacernos un guiño a través de unas nieblas nacaradas. Salía yo con unos discípulos del Trinity College, y ví por un momento cómo un áureo reflejo, viejo y cansado, teñía las rosas de piedra patinosa de los muros ojivales fabricados por la munificencia de un rey de Inglaterra. El sol invernal tuvo la virtud de despertar en nosotros una sonrisa, a pesar de ser su luz mortecina, como la de una lámpara votiva. Entonces asoció mi pensamiento el recuerdo del sol de los Incas, el que insufla la vida en las heladas mesetas andinas y broncea los cuerpos en los valles y la costa. En unas partes se anuncia como hálito de vida y en otras como manifestaciones de poder. No es extraño que los pueblos primitivos se dejasen arrastrar por la adora-

ción, sobre todo en los países tropicales, hijos del astro rey.

Junto al paganismo incaico, que bajaba hasta la grosera idolatría de la adoración de serpientes y de tigres, había otro culto que representaba un progreso: el culto de Pachacamac, o sea «Creador del Universo» en lenguaje quechua, considerado por algunos como hermano del sol y asociado al culto de la luna en las poblaciones de la costa, en oposición a los incas de las mesetas. El progreso consistía en la vaga concepción de una deidad suprema simbolizada en Huiracocha y concebida por el pueblo anterior y más culto que los dominadores incas. Pero las plegarias de sus adoradores acusan sólo un pobre germen de progreso moral. En la traducción hecha por el cura español de Cuzco, el padre Molina, se pide a Huiracocha vida y seguridad para ella, mezclada a alabanzas al poder divino, pero nada respecto a la relación social, que significa la conducta para con el prójimo, y a las virtudes de orden moral elevado.

La idea y el sentimiento del perdón, invocado para sí mismo y otorgado de antemano a los demás, que resplandece en el Padrenuestro, no los conocen los adoradores de Huiracocha.

Necesariamente hay que clasificar la religión de los pobladores del Imperio incaico como inferior aun al paganismo europeo, y la cristianización de los incas como un gran progreso civilizador.

Las viejas religiones basadas en el sensualismo, las paganas que le sucedieron con sus cortejos mitológicos en el cielo, en el mar, en la tierra, en los aires y en el fuego; sus imágenes antropomorfistas y sus delirios fetichistas, no podían proporcionar una fuerte idea moral engendradora del espiritualismo que levanta al hombre del plano material y simplista en que se limitaba su vida.

Abramos la *Utada* en busca de la idea de la creación. El dios *Océano* es el primer generador de los dioses; su esposa, Tetis.... No precisa seguir. Un vago intento de unificación de la divinidad encontramos en el Júpiter helénico, pero el pensamiento moral queda todavía disperso y contaminado por las concepciones antropomórficas, que en vez de elevar al hombre rebajan la divinidad y con ello se impide el progreso moral decisivo, que irrumpe en la conciencia con el monoteísmo bíblico y su concepción básica del dualismo infinito: Dios y el mundo. Mientras las viejas religiones sacan a sus dioses de la materia, el mosaísmo distingue desde el primer momento la materia, el caos, del espíritu de Dios. La concepción de Hesíodo sobre el origen del Mundo no está libre de antropomorfismo, es decir, de una interpretación conforme al módulo humano; el amor en las divinidades helénicas no es siempre sublime pureza....

La creación, según la ley mosaica, realiza su maravilla conforme a la voluntad del Espíritu de Dios, que se mueve sobre los elementos creados por El. El paganismo hace del sol un dios; el mosaísmo enseña que «hizo Dios las dos grandes lumbreras...., hizo también las estrellas». El Antiguo y el Nuevo testamento consideran el culto de la luz como culto pagano y condenable; la Divinidad es Espíritu, y la Creación, con todas sus infinitas grandezas, es obra de Dios, no materia amorfa generadora de dioses. Así se canta en los salmos sublimes desde las cumbres de Sión; eso enseñan los elevados versículos con que inaugura su Evangelio el filósofo San Juan: El Verbo, principio de todas las cosas creadas. Espíritu y Verdad, dice el dulce Rabbi junto al pozo de Samaria. Los grandes poetas cristianos limpian también el templo, y al contemplar la aurora cantan devotamente:

«Tempo era dal principio del mattino;  
E il Sol montava in su con quelle stelle  
Ch'eran con lui, quando l'amor divino  
Mosse da prima quelle cose belle».

(Inf. C. I. 37)

Cuando Dánte pone fin a su inmortal poema, emplea la figura más imponente de la poesía en la Historia: como rueda de infinitas direcciones, que abarca la vida del Mundo y del hombre, todo gira movido por el amor de Dios:

«Ma già volgeva il mio disio e il velle,  
Sì come routa che igualmente e mossa,  
L'amor che muove il sole e l'altre stelle».

(Par. C. XXXIII. 145).

Así aparece y se levanta el culto de la Cruz ante los demás. El culto del Sol supone un alma primitiva y limitada por mayores que sean las formas artísticas que le acompañen; el culto de la Cruz simboliza el triunfo del Espíritu, de los grandes valores morales, del perfeccionamiento del género humano. El Sol es ajeno a la idea del bien; la Cruz es símbolo completo de amor y de sacrificio por el bien.

La cristianización, pues, de los indios es una de las grandes obras de la civilización española que hay que tener muy en cuenta, tanto más cuanto que son harto numerosos los historiadores extranjeros que se recrean hablando de la parte negativa de la colonización española, y callan deslealmente cuando están obligados a hacer justicia a la parte positiva.

Algunos escritores de lengua inglesa, por ejemplo, entre los que abundan los protestantes, rehuyen el hablar de la evangelización llevada a cabo por las Misiones españolas, que ha sido la obra educativa más gran-

de realizada en la expansión europea en Ultramar. Dicen (R. Enock, por ejemplo) que uno de los primeros libros impresos en Lima fue el Catecismo para uso de los indios, en lengua quechua y aymará. Pero calla que el autor fue el jesuita español José de Acosta, nada menos que fundador de la física del Globo, como proclama Humboldt. El sabio religioso español escribió el célebre *Catecismo trilingüe* y la *Historia natural y moral de las Indias*, contribución la más formidable a la ciencia americana. Pero como es jesuita.... En cambio, Enock cita a la Misión protestante de Buenos Aires que tradujo al quechua el Evangelio de San Juan. Después vienen los consabidos golpes a la intransigencia religiosa de los españoles.

Cuando desembarqué por primera vez en tierra peruana, fue en Talara, y allí pude observar que los artistas indios habían elevado un tosco monumento a la Cruz, rodeada por los símbolos de la Pasión. ¿Qué importancia tiene esto? Que contesten los protestantes norteamericanos, los explotadores de los pozos de petróleo de Talara, que se pasean con la Biblia bajo el brazo.

VICENTE GAY

